

misteriosa está en todo,—los hombres de acción, conquistadores, gobernadores de pueblos, fundadores de raza y de religión—tales seres, cualesquiera que sean, si el dolor no los ha tocado ni señalado, son insuficientes: les falta persuasión y ascendiente, corona y majestad.

El que quiera testificar la verdad debe sufrir, y si es preciso morir por la verdad; el que quiera dar un ejemplo, debe darlo en la prueba y hasta la muerte. El que aspire á abrir á los hombres una nueva vía debe saber poner á la entrada del camino al cual les convide, no su estatua, sino su cadáver.

Las estatuas son buenas para los civilizados de la decadencia; que las quiten, estorban, obstruyen la vía: en su lugar, que un hombre deje su tumba. Ella hablará más elocuentemente que los vanos simulacros.

Yo admiro la alta sabiduría de los orientales. Pueden verse en Constantinopla los mausoleos de los grandes califas en el cruzamiento de las calles; estos monumentos fúnebres y gloriosos sin embargo, advierten al pueblo que el muerto que descansa sobre el mármol, el granito ó el pórfido no ha abandonado á su pueblo y sirve aún, invisiblemente, á la causa por la cual ha dado su vida.

Yo no sé si la costumbre es antihigiénica, me basta saber que ella es de una alta moralidad.

Un contemporáneo no es verdaderamente digno de honor sino á condición de llevar sobre su frente la aureola del sufrimiento y el martirio. El dolor y la sangre lo consagran todo.

Bajo este punto de vista, ninguno se ha elevado al nivel de Jesucristo, muerto en la cruz, pues él solo ha podido decir: ¡Todo está consumado! porque él ha sancionado por la muerte—y por la muerte la más terrible, la más inaudita, la más atroz,—el testimonio que ha rendido á la

verdad, los ejemplos de virtud que ha dado á los hombres en una vida de incomparable santidad.

Ha hecho más y mejor, ha consagrado por su muerte el pleno derecho para la humanidad de entrar en el espíritu de Dios.

El espíritu de Dios—conservo la palabra evangélica—nos ha estado vedado, en tanto que Jesús no nos ha abierto el manantial.

Hablaba yo hace poco del cadáver que gusto de ver en los caminos, para indicaros el punto superior á donde debemos llegar. Y bien, la cruz de Jesucristo, plantada en el camino de la humanidad, es la fuente viva donde debemos beber si queremos tener la vida eterna. Libres somos ahora de entrar en ese camino sangriento.

Me direis: ¿Por qué esa vía estaba cerrada? ¿Por qué? Hermanos míos, porque la justicia inexorable de Dios la cerraba ante nosotros.

La tierra, la razón humana, no lo es todo. Sobre las fuerzas de la tierra y de la razón, ¿os olvidais de las fuerzas divinas? Yo os desafío á que me expliqueis por qué, antes de Jesús, la humanidad estaba encorvada bajo un cielo de bronce. Todos los dioses que la humanidad se ha fabricado manejaban el rayo y todas las sociedades que se modelaban á la imagen de los dioses eran sociedades en las que reinaban la violencia y la esclavitud.

¿Por qué? Porque no se tenían las fuerzas divinas que son las nuestras: porque se plegaban bajo las opresivas fuerzas de la justicia humana.

¿De dónde viene, después de Jesús, este cambio de frente?—De su sacrificio, de su cruz. Se ha operado en el cielo un fenómeno divino, el fenómeno de la paz, el restablecimiento del orden eterno y de la eterna justicia. Es por esto que cuando Jesús ha dicho esta palabra: *Consummatum*

est, es como si hubiese dicho: El reinado del terror divino y el reinado de la esclavitud humana, el reinado del Dios terrible y de su abrumadora é inflexible justicia, que no excusaba nada, todo lo que era la esencia misma del mundo abandonado al mal y á la cólera de Dios, ese reinado ha concluido ya: yo lo extingo. Y lo ha extinguido en efecto, por su dolor y su sacrificio.

El hombre tiene solo un medio de vencer el mal y de apaciguar la justicia, es el de aceptar el sufrimiento como el castigo y la expiación necesaria del mal moral, Jesús ha aceptado un sufrimiento infinito y por ese medio ha sido el Cordero de Dios que lava los pecados del mundo. Gracias á él, el cielo y el hombre se han reconciliado. El rostro de Dios, para hablar en lenguaje humano, se ha dulcificado; el Señor irritado se ha convertido en el Padre celestial.

El Padre, en efecto, es el que domina el mundo moderno y es por esto que yo saludo, en la víctima del Calvario, al Creador de la gran fraternidad humana, porque la fraternidad humana, retenedlo, no es sino la consecuencia social de la fraternidad divina. Vosotros, todos los que habláis de fraternidad humana, y que renegáis del Padre que está en el cielo, sereis desmentidós por los hechos más terribles y vereis á los hermanos luchar unos contra otros hasta la opresión, hasta la sangre, con un encarnizamiento implacable.

Pero cuando queráis hacer que reine aquí abajo la santa fraternidad que va hasta el caritativo abandono de los propios derechos, para beneficio de los que nada tienen,— la santa fraternidad que va hasta curar las llagas de los miserables que agonizan á nuestro lado, que se aproxima sin temor al hombre cuya boca está llena de blasfemias y cuyas manos están ennegrecidas por el trabajo,—la santa

fraternidad que llega hasta el olvido de sí misma, para comprender en un expresivo y universal abrazo, á todos los miembros de la familia humana, será preciso que os acordeis de que esta fraternidad no puede venir sino del Padre Celestial, el Dios del Evangelio.

Jamás ni vuestra ciencia, ni vuestra filosofía, ni vuestra economía social y política lograrán producirla. Volveréis á caer siempre, cuando olvideis al gran Crucificado, bajo el yugo de las leyes de la vieja humanidad antes de su redención. Vuestra boca solamente llamará á los hombres: "vuestrós hermanos," pero en realidad, solo encontrareis enemigos ante vosotros. El enemigo es el que tenga menos que vosotros. El que no piense como vosotros; el enemigo es aquel que quiera tomar vuestra plaza. Entretanto que el amigo, el hermano, el verdadero hermano, es aquel que sigue el ejemplo de Jesús diciendo: Amad hasta á vuestros enemigos. El enemigo, es el que vive del Padre celestial y que os dirá: "Puesto que llamamos á Dios nuestro Padre, evidentemente hemos salido de él y volveremos á él." ¿Para qué, pues, disputar sobre este pedazo de tierra que dejaremos mañana? No vale la pena de entrar en lucha ni despedazarse; no debe ser para nosotros sino el punto de encuentro, de reunión efimera desde donde debemos lanzarnos más lejos y más alto hacia la eterna patria cuya ley suprema es la unión de todos en la verdad, el bien y el amor infinitos.

* * *

La última palabra de Jesucristo: "Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu" es la fórmula de la muerte. Después de haberla dicho, arrojó un gran grito, inclinó la cabeza y murió.

Hay varias maneras de morir, como hay varias maneras de vivir, y como no hay más que tres maneras de vivir no hay también más que tres maneras de morir. Unos viven en la animalidad, otros en la humanidad y otros en Dios. Los que viven en la animalidad adquieren más ó menos los instintos que la constituyen y caracterizan; acaban animalmente. Los que viven de una manera humana, de una manera más ó menos distinguida, á medida de su razón caprichosa, de su voluntad egoísta y variable, de sus pequeñas ambiciones, acaban también de un modo más ó menos distinguido, en la humanidad. Hay en fin aquellos que dueños de sus instintos, y de sí mismos, viven en Dios; estos acaban en Dios.

Jesús vivía enteramente en Dios, su Padre; lo que había en él de material, de vida instintiva estaba absolutamente subordinado á la razón y á la voluntad humanas; como su razón y su voluntad humanas estaban absolutamente subordinadas á la sabiduría y á la voluntad de su Padre.

De aquí podeis inferir el sentido sublime y divino de esta palabra que terminó la vida mortal de Jesús. "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu." Encomendando su alma en las manos de su Padre, le encomendaba todo, Jesús, notadlo, ha terminado libremente; no ha sido vencido por la muerte, ha dejado á la muerte consumir en él su obra. Según la relación de los Evangelistas, Jesucristo, en la cruz, tenía alta la cabeza; las palabras que yo os he miserablemente comentado, las dijo con los ojos puestos en el cielo y después de haber pronunciado las últimas, arrojó un gran grito, después inclinó la cabeza y entregó el espíritu. Este fué su fin.

Pero lo que importa considerar aquí es que nosotros que estamos destinados á la muerte, á la muerte inevitable, fa-

tal, necesaria, en virtud de las leyes mismas de nuestra constitución, nosotros tenemos que elegir entre tres géneros de muerte.

Por desgracia morir de un modo animal es lo que sucede con un gran número de los hombres. Franqueando apenas los límites de los instintos, sufre su ley hasta la última hora; devuelve á la tierra lo que le pertenece, ó más bien la tierra se los toma; salidos del polvo, se agitan un instante sobre el polvo, al cual vuelven como los animales, inconscientemente.

Morir como hombre, es poner hasta en la muerte alguna inteligencia, alguna voluntad, alguna conciencia. La mayor parte se dejan sorprender por la muerte que cae sobre ellos casi siempre de una manera inopinada, bruscamente, porque separan de ella los ojos. ¿Se evita acaso la muerte cuando no se piensa en ella? Debería creerse así al verlos tan distraídos. Los paganos eran más valientes; la miraban venir. La falta de energía, el enervamiento de la voluntad, el apego á la vida presente, la incredulidad de los civilizados han aumentado entre nosotros el espanto de morir. Así pues la última palabra de la ternura doméstica es disfrazar la inminencia de la muerte y la aproximación del espantoso abismo á los ojos del ser amado.

Algunos tienen, sin embargo, la conciencia de su fin, pero mueren frecuentemente sin arrepentirse, abandonando con sentimiento una vida cuyo mañana misterioso les atemoriza.

Los incrédulos se lisonjean de dejar tras ellos obras por medio de las cuales sobreviven en la humanidad. Alrededor del catafalco que contenga sus restos se congregarán sus amigos para hablarles; ellos tienen la pretensión de saber y de enseñar que no subsiste ya nada de ellos y de hablar no á un sordo sino á un ser que no existe. Habla-

rán sin embargo; lo evocarán: "Tu recuerdo quedará en esta humanidad á la que has servido; serás ejemplo para los que te sobrevivan, tu hijo, tu mujer, tus amigos, seguirán tus preceptos, etc., etc."

He allí el rito de los fines humanos. Yo quiero admitir que ciertas impresiones persistan en la humanidad para atestiguar el paso de los que hayan vivido en ella. En verdad que un sabio, un escritor, un poeta, un político, un conquistador no mueren del todo en la humanidad á la que han enseñado, encantado, dirigido, espantado quizás.

¿Pero, te contiene á tí la humanidad, oh vida del alma? ¿te contiene á tí la tierra, oh vida de eternidad? Yo no sé lo que acerca de esto pensarán algunos, á ellos le concierne; pero no pueden negar que entre los hombres, hay una multitud ávida de eternidad, que encontraría tan estrecha la tierra y aun el mismo universo como la fosa en donde se arroja su cadáver. ¿Cómo acabarán ellos? ¿Qué harán de su alma ante la muerte? ¿A quién encomendarán su espíritu?

Jesús nos ha enseñado la conveniente manera de morir. La muerte que vendrá para los que amamos y para nosotros, la verdadera muerte, la muerte que debemos mirar de frente, la muerte que es la condición de nuestra entrada en el mundo y hacia la cual marchamos siempre, esta muerte, hermanos míos, os la deseo tal como Jesucristo la ha enseñado.

Cuando os encontréis en esa hora, hablo no solamente á las víctimas, sino también á las que ayuden á las víctimas; os aconsejo que os ayudeis á morir como Jesús ha muerto. Tratad de despertar en la conciencia del que vá á desaparecer, la idea del Padre celestial que nos ha dado una tarea que desempeñar aquí abajo y que debe juzgarnos.

Despierta la conciencia comprenderá á la claridad de la muerte lo que haya hecho de bueno y lo que haya hecho de malo; dará gracias á Dios y le pedirá perdón; estos dos actos lo resumen todo; la vida que terminan es pura y la muerte que preparan es digna de Dios. Después, dormiremos en la paz. Lo que de bueno hayais hecho quedará, pero no os preocupeis por ello, el bien es como Dios, imperecedero, eterno. Vuestras virtudes domésticas serán la llama del hogar desolado por la muerte; esta llama contagiosa, encenderá otras. Tendreis hijos é hijas que perpetuarán vuestras virtudes. El bien que hayais hecho será quizás ignorado de los hombres. ¡Qué importa! Mirad al cielo, por el cual habeis buscado la verdad, la perfección, la fuente de todas las cosas y decid al Padre celestial: Oh vos, á quien Cristo me ha enseñado á conocer, yo pongo en vuestras manos mi vida, mi espíritu, todo mi sér.

He aquí la verdadera forma de morir.

Jesús nos ha dado de ese modo toda la ciencia y todos los ejemplos; la ciencia y la fuerza de vivir, la ciencia y la fuerza de morir en Dios. Se desdeña la ciencia de morir. Nosotros la estimamos, porque yo pretendo que solo saben morir bien aquellos que han sido los más valientes para vivir. Cuando se ha tenido en la vida el valor del espíritu y la ayuda del Padre, de quien se siente uno hijo, se puede ir á la muerte como Jesús ha ido.

Nadie sabe cómo habrá de morir; quizá moriremos de una bala que venga á buscarnos en el campo de batalla defendiendo á nuestra patria; quizás á la cabecera de un enfermo, atacado por el contagio. No se sabe si acabaremos en la miseria, abandonados de los nuestros, colmados de ultrajes como Jesús—los más grandes acaban siempre así y débense prevenir todas las hipótesis,—si acabaremos bajo

una mano fratricida ó en una explosión; ¿quién puede saberlo?

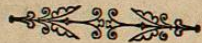
Vivimos en una tierra en donde todo puede asaltarnos; estamos listos á entregar nuestra alma después de haber vivido valientemente.

Con un solo momento que tengais para mirar de frente á la muerte, acordaos del Calvario de Jesús expirante y tened solo una palabra para dejar este mundo, que salga de lo más profundo de vuestra conciencia:

¡Oh Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!

Acabando así, dejareis á los que os asisten, á los que abandonais, la alegría de los hijos que van hacia el Padre; el rastro de Dios, un efluvio de perfumes divinos.

Los que se van hacia Dios son un gran lazo de unión: vosotros dejareis más que un rastro de luz, dejareis tras de vos un rastro de virtudes, y tendreis la gloria de morir como Jesús ha muerto, no salvando al mundo—esto pertenece solo á Dios—sino á algunos de los seres que os son caros en el mundo—esta es la gloria suprema de los hijos de Dios.



OCTAVA CONFERENCIA

LOS MEDIOS PRACTICOS DE CREER

EN LA

DIVINIDAD DE JESUS.

Señores:

Al exponeros las dificultades de creer en la divinidad de Jesús,—dificultades inherentes, sea al acto mismo, sea á nuestra propia naturaleza, sea al medio en el cual vivimos,—temo el haberos tenido en suspenso y desalentados quizás.

La vista de los obstáculos entorpece siempre el vuelo y paraliza la acción, y solo es á los seres valientes y de esforzado temple á quienes la dificultad estimula y á quienes el peligro mismo enardece. Pero hablando como yo lo he hecho, he tenido un pensamiento oculto de miseri-